

Prólogo

U nas manos ásperas la sobresaltaron. Por instinto, Susan Walker abrió los ojos. Tuvo la visión de la habitación en la que se encontraba. De retazos de su carne que se dejaban entrever por las rasgaduras de las medias. De una mano que no deseaba tener en su pierna. Y rápidamente volvió a cerrar los ojos.

No podía soportar tenerlos abiertos.

La joven sintió como se movían aquellas manos por su cuerpo y retrocedió ante ellas, pero su tenacidad era implacable. Incluso el más mínimo movimiento le provocaba una soberbia punzada de dolor en las muñecas y los tobillos. Así que se quedó inmóvil, absorbiendo el sufrimiento una vez más, mientras se le escapaba un quejido de entre los labios. Hacía horas que había aceptado el hecho de que no podría escapar.

Susan percibía ruidos de movimientos a su izquierda, como si se arrastraran o arañaran algo, pero no abrió los ojos para comprobar de qué se trataba. Después de lo que había visto, no tenía intención de volver a abrirlos.

Entonces, las manos se posaron de nuevo en su cuerpo y volvió a sentir aquel olor masculino, de perversión, que le llenaba los orificios nasales. Se contrajo, se encogió, presionando el metal que rodeaba sus extremidades. Su piel ya agonizaba. Quería, desesperadamente, desaparecer, escapar de su cuerpo, huir de aquel tacto. No quería sentir, oír, oler, saborear ni ver... nunca más. De alguna manera, al bloquear sus sentidos, pretendía transportarse a otro lugar.

«Dios, ayúdame...»

Había en ello cierto atisbo de alivio. Las manos de su secuestrador se movían por las medias desgarradas, y tras unos leves crujidos metálicos liberaron las esposas de sus tobillos.

La sugerencia de libertad la provocó. «¿Me va a liberar? ¿Por fin?» Sus muñecas seguían atadas detrás de la silla, pero por suerte pudo mover las rodillas. Le dolió estirar las piernas, levantarlas y doblarlas para masajearlas y aliviar el sufrimiento. Pero al ser consciente de lo que estaba haciendo, cruzó los muslos.

«¿Qué hora es?»

«¿Qué día?»

¿Durante cuánto tiempo había permanecido atada a aquella silla metálica? ¿Varios días? ¿Cuarenta y ocho horas? ¿O simplemente un día y una noche? Su cerebro estaba confuso y abotargado. Por mucho que se esforzara no podía recordar cómo había llegado allí ni por qué.

De nuevo..., alivio. Le liberó los brazos. Pero antes de que se pudiera mover, la empujó hacia delante y su pecho chocó contra sus rodillas. Se abrazó formando un ovillo con el cuerpo. Y sus ojos seguían cerrados. Le dolía todo debido al confinamiento y sintió que su espalda se estiraba, que sus muslos llagados agradecían la libertad.

Pero no por mucho tiempo.

Le ató los brazos a la espalda. En su debilitado estado solo tenía fuerza para resistirse momentáneamente. Y le volvió a atar las muñecas con la misma dureza.

Le ordenó que se levantara.

Susan no se movió.

—No se lo diré a nadie, lo prometo. Por favor, déjame ir —le suplicó, mascullando entre sus rodillas, colocada en postura de defensa.

Había perdido la cuenta de cuántas veces le había suplicado y de cuántas formas lo había hecho. No quería alzar la mirada. No quería levantarse. Ni siquiera sabía si podría hacerlo.

—Arriba. —Tenía algo duro y frío clavado entre los omóplatos. Una pistola—. Ahora.

Dudando, se desenroscó y se levantó. Su cuerpo se resentía a medida que se iba alzando, sus rodillas amenazaban con doblarse. Un líquido cálido descendía por sus muslos, que apretaba, lo que añadía humillación a la escena. Sintió una oleada de repulsión ante esa sensación.

«Dios mío, nunca me va a dejar marchar...»

—Camina —dijo la voz.

No quería nada más que arrastrarse hacia una esquina y desmoronarse, pero obedeció las órdenes.

—Por favor, déjame marchar —expresó ella dando un paso hacia delante. Sin vendajes. Sin máscara. Ya había visto demasiado y lo sabía—. Por favor...

Le hizo dar varios pasos hasta una puerta. El suelo de madera crujía bajo sus pies. Oyó como se abría la puerta y sintió una bofetada de viento helado del exterior. Solo entonces abrió los ojos. Le escocían; los tenía secos e hinchados, y los restos de lágrimas y

legañas saladas se le habían amontonado en las pestañas. Por un momento, su visión fue confusa.

El cielo estaba negro como el carbón. Era de noche. Había perdido la noción del tiempo. Sus pensamientos se apelotonaban. ¿Qué pensaría su familia sobre su ausencia? Ahora mismo estarían aterrados. ¿Y su novio, Jason? ¿Cómo podría explicarle lo que había soportado, lo que había hecho? ¿La perdonaría? ¿Qué haría? ¿Cómo podría explicárselo a su madre?

«Mamá...»

El viento agitaba los pedazos desgarrados de la camiseta contra su pecho y el cuello de esta le ondeaba en la nuca. Se le erizó el vello de las piernas debajo del nailon roto. Temblando, helada y asustada, Susan se quedó en la entrada con la muerte apuntándole por la espalda. Sollozó con los ojos secos, farfullando incoherencias.

¿La estaría buscando alguien en aquel preciso momento bajo la inmensidad del cielo nocturno?

Unas maderas gruesas la circundaban en todas direcciones, extendiéndose en la oscuridad. El viento le colocó el pelo en la cara y le dejó unos mechones en su boca agrietada. Miró de reojo para intentar distinguir dónde se encontraba, pero lo único que pudo ver fue la vaga silueta de los árboles con la noche de fondo. No se avistaban luces en la distancia, ni helicópteros de rastreo, ni una sola señal de vida; solo un bosque que formaba un laberinto de tierra para el que no tenía mapa.

—No se lo diré a nadie —dijo con una voz áspera que apenas reconoció—. No hablaré. Sé guardar un secreto.

Intentó que sonara fuerte, pero en cambio parecía desesperada.

Seguía apretándole el arma contra la espalda mientras la em-

pujaba camino abajo. Resistió la tentación de bajar la vista. No quería verse así, con la ropa destrozada, llena de cardenales y cortes, vulnerable y con las manos atadas a la espalda.

Apenas podía ver unos metros más allá, pero el cañón del arma la hacía avanzar. A medida que el camino se iba estrechando, tropezaba con raíces retorcidas y rocas resbaladizas a causa de la lluvia. Bajó el ritmo, pero la pistola seguía dándole golpes para que siguiera hacia delante.

—Camina —ordenó la voz por detrás, y ella obedeció.

Por fin terminó el camino. El rifle desapareció de su espalda. Se encontraba en medio de ninguna parte, enfrentada a la fría y húmeda oscuridad del bosque. Rezó para que hubiera pasado ya lo peor.

Notó un tirón en las muñecas y volvió a oír el clic de las esposas. Ya no las tenía. Sus brazos eran libres. Los cruzó a la altura del pecho y se abrazó, masajeando las muñecas irritadas contra los hombros y el cuello.

—Corre. —La voz era impasible—. Ahora.

«¿Que corra?» Sintió el cuerpo pesado y débil. No llevaba zapatos y el suelo, irregular, estaba lleno de cosas punzantes, con rocas y ramas esparcidas por todas partes. ¿Correr hacia dónde? No había ningún camino ni ninguna luz que pudieran guiarla. Dudó.

Sonó un disparo.

La explosión la asustó porque la bala cayó a escasos metros de sus pies descalzos. Sintió como el aire que había provocado el disparo la rozaba y como unos pequeños trozos de tierra le golpeaban las piernas. Dio un salto. Le pitaban los oídos.

—¡Corre!, ¡ahora! —dijo de nuevo la voz.

Corrió con los ojos vendados, tropezando y llorando, mien-

TARA MOSS

tras los árboles intentaban alargar las ramas para agarrarla con sus escurridizas zarpas. Estas la golpeaban en la oscuridad, rompiéndose y rebotando, se le enganchaban en las piernas, en la camiseta, arañando y fustigándole la piel. A pesar de no haber ningún camino, se abría paso tan rápido como podía, chocando contra los árboles, tropezando con las escurridizas raíces y resbalando a causa del musgo.

Susan Walker corría a través del bosque como si fuera una presa de caza, porque sabía que ir más despacio le costaría la vida.

Detrás de ella, el cañón del rifle la seguía.

Se había abierto la veda de caza.